

Discurso de Manuel Rosales, Presidente Fundador de Un Nuevo Tiempo, Venezuela

Democracia, bienestar, desarrollo y paz: Anhelos de todo un pueblo

Desde el siglo pasado Venezuela ha percibido un gigantesco ingreso que no ha sido generado por el aparato productivo interno, sino por la renta petrolera. El Estado ejerce el monopolio sobre la riqueza del subsuelo y el ingreso obtenido supera ampliamente la productividad nacional.

La historia de nuestra economía ha sido dividida en dos contextos diferentes, signados por la presencia del negocio petrolero. En el primer momento, un país rural y pobre, escenario de luchas intestinas, dictaduras y caudillos. Con la aparición del negocio petrolero transitamos hacia el otro escenario, un país con una gigantesca renta petrolera que en el tiempo generó el crecimiento del Estado.

Esa riqueza le ha ofrecido a Venezuela oportunidades que ningún otro país latinoamericano ha tenido para cumplir con un verdadero programa estable y creciente de desarrollo y de justicia social. Las cifras descomunales de que han dispuesto los gobiernos, sobre todo en los últimos años de la actual gestión, contrastan con la situación de pobreza y desmejoramiento que padece la mayoría de la población, representando el más claro ejemplo de la incapacidad de algunos gobernantes y la clase dirigente del país para administrar esa riqueza, producida por un hecho de la naturaleza y que nada tiene que ver con el trabajo gerencial de la mayoría de quienes nos han gobernado.

En un poco más de quince años los precios del petróleo subieron a niveles nunca antes vistos en el mercado internacional, alcanzando un valor promedio de cien dólares el barril. El país, o mejor dicho el Gobierno, ha recibido por renta petrolera, con el cierre de 2014 y hasta la fecha, una suma cercana al trillón de dólares o bien un millón de millones. Es una suma gigantesca y el contraste entre lo que hubiera sido posible hacer con ella para el progreso efectivo de la nación y lo poco que en realidad se ha hecho. Es la más dramática demostración del despilfarro, corrupción y regaladera de nuestra riqueza que ha hipotecado nuestro futuro y el de nuestros hijos.

Es inconcebible que después del ingreso de miles de millones de dólares, en la actualidad Venezuela atraviese una grave crisis, que no es solamente política, sino que combina otros factores que abarcan las estructuras del Estado, la situación social, económica y de seguridad ciudadana. Por citar dos ejemplos, 13 mil millones de dólares se invirtieron en la reconstrucción de Europa después de la Segunda Guerra Mundial, y la ampliación del Canal de Panamá tuvo un costo de siete mil millones de dólares. Montos similares ha gastado el oficialismo en la adquisición de armas de guerra. Es una etapa de anormalidad, violencia y confusión que el pueblo jamás había padecido. Parece haberse perdido el sentido de avanzar hacia el progreso y lo más peligroso, todo se distorsiona y desmantela.

La situación económica que se hace cada vez más crítica. El modelo de cambio e

intervencionismo extremo continúa deteriorando el sector productivo y la calidad de vida de los venezolanos. Desde hace más de una década se ha creado un cementerio de los bienes públicos y bienes privados. La industria petrolera, la siderúrgica, el desarrollo carbonífero y petroquímico, todas las empresas del Estado han sido saqueadas y destruidas. La inversión y mantenimiento de los sistemas generadores, transmisores y distribuidores de energía eléctrica, han sido abandonados. Igual ocurre con el agua y el gas. A esto le sumamos la deuda externa que ya supera los 92 mil millones de dólares. En tan solo doce años la han triplicado.

La industria, el comercio y el sector agropecuario, generadores de alimentos, servicios y productos para el consumo nacional, han sido azotados por las expropiaciones arbitrarias y su destrucción, provocando su estatización y en algunos casos su ruina.

El deterioro del aparato productivo ha ocasionado que en la actualidad, las personas, tanto de la clase media como de los sectores populares, tengan que hacer cola para comprar medicinas, alimentos, productos de aseo personal y doméstico. Se les marca, controla y humilla para poder acceder a los bienes de primera necesidad que la mayoría de las veces no se encuentran. La producción nacional hace años que entró en una parálisis. La importación no es suficiente, pues buena parte de ella se pierde entre comisiones, operaciones fantasmas, mala distribución, el acaparamiento y el contrabando.

Este preocupante escenario de aguda escasez de alimentos, medicinas y otros productos de primera necesidad, al igual que el profundo deterioro de hospitales y demás infraestructuras públicas que deben prestar servicios al ciudadano, coloca al país a las puertas de una crisis humanitaria.

Los sueldos y salarios se los traga una gigantesca inflación -que según estimaciones supera el 150% - el Banco Central de Venezuela oculta las cifras e indicadores económicos, en una evidente manipulación política que perfora la credibilidad de la institución.

La inseguridad de los bienes y de las personas tiene acorralada a la colectividad ante el crimen, los atracos, secuestros y atentados de toda naturaleza. Caracas y otras ciudades del país han entrado en las listas de las más violentas del mundo.

La grave crisis y la falta de oportunidades han hecho que la emigración alcance índices preocupantes, en especial dentro de la población joven del país, la fuga de cerebros y fuerza laboral atenta contra el desarrollo de Venezuela. Nuestras mujeres y jóvenes constituyen una población especialmente vulnerable en cuanto al tema del acceso al trabajo. Se estima que alrededor de 5 millones de mujeres forman parte de la población económicamente inactiva.

El sistema educativo venezolano está burocratizado, centralizado y depauperado. Está basado en el ofrecimiento de una educación deficitaria, que en vez de tratar de progresar en temas fundamentales que nos permita revertir, por ejemplo, la deserción escolar, cuya cifra entre los jóvenes asciende a más de 2 millones, o que la educación sirva como palanca para superar el problema estructural de la pobreza, el debate, que tampoco tiene resultados tangibles, se centra en la necesidad de los aumentos salariales, la autonomía universitaria, entre otros temas que deberían estar superados para avanzar.

Venezuela cuenta con los penales más violentos e inhumanos de la región. Nuestras cárceles son depósitos de presos donde se violan sistemáticamente los derechos humanos. El hacinamiento

se eleva a más del 375%, las políticas del Estado en materia penitenciaria han resultado ineficientes, y contribuyen a agravar la profunda crisis que atraviesa el sistema judicial venezolano.

Mientras el país se deteriora de manera creciente, el gobierno sigue desconectado de los graves problemas, sin asumir la responsabilidad de actuar. Desarrolla un discurso que nadie cree sobre una supuesta “guerra económica”, y señala además al contrabando, al tema fronterizo, al imperio, a la oligarquía, a la oposición sin aportar un plan necesario de propuestas y soluciones, porque no va a la verdadera causa, que es el obsoleto modelo económico que está aplicando.

La crisis económica, la creciente saturación de la angustia y descontentos, la falta de esperanza, nos conduce a buscar salidas que eviten la violencia y el caos. Avanzamos o fracasamos como nación. El pueblo noble y puro está en trance de lucha. No han podido contaminarlo, porque frente al pueblo no se hace mérito destruyendo el futuro de sus hijos.

Los venezolanos tenemos la obligación de romper la cadena que en pleno siglo XXI nos ata al atraso, el hambre y la pobreza. Tenemos que llamar las cosas por su nombre. Venezuela no se rinde, es tiempo de grandeza, de hacerla grande de nuevo.

El régimen oficialista es anacrónico, está en desacuerdo con este presente. Está fundado sobre una especie de derecho autoritario, el derecho autoritario de un grupo que se crea a sí mismo, en él nace y en él se decide todo. Como pueblo nos alzamos a luchar contra ese régimen de dolor y penuria, y entendemos que en ello se juega el futuro de las próximas generaciones. El reclamo es para el gobierno sea de verdad estrictamente democrático, donde exista una vinculación de afecto y respeto entre el gobierno y todos los sectores para que las decisiones no sean hostiles y por consiguiente infecundas. Hay que construir la garantía de una paz fecunda que borre la actual relación entre gobernantes y gobernados que se agita en el fermento de permanente trastornos.

Es la hora de cambiar los gastados resortes de la autoridad que emana de la fuerza y el autoritarismo. El chasquido del látigo que solo rubrica el silencio de los inconscientes o beneficiarios de los negociados gubernamentales. Arrancar de raíz al arcaico y bárbaro concepto de autoridad que se ha convertido en absurda tiranía, bordada de privilegios para algunos círculos poderosos.

Estamos pisando sobre un nuevo amanecer. Es la liquidación de un diálogo de sordos a partir de una permanente confrontación. De la violencia verbal que sale desde la latitud de la discordia eterna, desde el lugar trágico donde se excluye al otro, al que piense distinto. Es el rechazo al personalismo, los egos insuflados y mesías que tanto daño nos han hecho.

El respeto al pensamiento plural no es una concesión ni gracia divina. Es un derecho que tiene todo ciudadano para expresar sus ideas, opiniones e interactuar en el debate de las mismas. La libertad de expresión como derecho humano debe privilegiarse en todo sistema democrático, al igual que el derecho a informar y a estar informados.

Todo ello pasa por la necesidad de que existan, entre otros, medios de comunicación independientes y que se permita el libre ejercicio del periodismo sin recurrir a la censura ni a la persecución, aun cuando no sean complacientes a los intereses de algunos sectores.

La elección de la Asamblea Nacional es el punto de quiebre del diálogo de los sordos a partir de una permanente confrontación. Es la palanca para poder sentar los equilibrios y contrapesos en todos los poderes del Estado. Donde exista pluralidad y respeto a las ideas, y el derecho a disentir.

Este proceso eleccionario debe realizarse cívica y democráticamente, bajo un clima de paz y confianza para el electorado y los diferentes actores políticos que participarán.

Hay que cambiar el modelo económico y político que se ha impuesto en Venezuela, el cual es el fiel reflejo de sociedades decadentes o que fracasaron y ofrecen un triste espectáculo de una inamovilidad senil. Por eso es que la modernidad y el progreso frente al sistema mudo, obsoleto y cerrado pasan silenciosas o entran mutiladas por las leyes que espantan la paz y felicidad del pueblo venezolano.

El oficialismo y una parte del liderazgo de los sectores políticos se hunden en reiteradas tentativas por convencerse o persuadirse entre sí. De la discusión se llega a la confrontación y la violencia aparentemente ideológicas y partidistas. La mayoría de estos puntos de vista, opiniones y razonamientos terminan siendo insalvables, ya que cada quien permanece estancado en sus posiciones, pretendiendo poseer la verdad.

No aprendemos del pasado lleno de violencia, guerras y atraso. La brecha y las diferencias pueden estrecharse en la medida en que aceptemos las reglas del juego democrático, que nos soportemos a pesar de nuestras diferencias de pensamientos e ideas, sin la pretensión de que una parte podrá aplastar o desaparecer a la otra.

Si un gobierno no nos place, si un partido o líder no nos gusta, esperemos a una elección para sacudirnoslos. Si entendemos que la justicia no puede estar influenciada por la política ni por los sectores económicos. Si ponemos en claro nuestras ideas, respetando las ajenas y desalojamos para siempre los prejuicios y utopías de hegemonía de partidos, despotismo y ese personalismo, empezaremos a tener puntos de coincidencias.

En 1831 Coleridge escribió: “Si los hombres quisiéramos aprender de la historia, ¡qué clases magistrales nos darían!, pero la pasión y la parcialidad nos ciegan, y la luz que ofrece la experiencia es una antorcha situada en la popa de la nave que ilumina solamente las olas que dejamos atrás”. Es terrible que aún hoy, el pueblo tenga que asentar y aplaudir promesas superficiales y la permanente discordia de sus dirigentes. Quizás individualmente, los venezolanos no comprendan desde su raíz por qué con todas las posibilidades de un país moderno y desarrollado seguimos anclados en la pobreza y la mala calidad de vida.

Es un diálogo de sordos, interminable e incomprensible que como mala hierba está ahí todos los días, y nuestro pueblo en medio con su silencio largo. Nuestro país es culturalmente profundo y rico en términos espirituales, alberga las formas de convivencia más cálidas y humanas, pero la clase dirigente y política, después de la independencia no ha soltado la espada de la división y la violencia. Desde entonces la palabra que caracteriza nuestro destino es la palabra brecha, desencuentro, muchas veces hemos disertado, comentado y discutido el tema en diferentes escenarios, entendiendo nuestro mal, como un mal de toda Latinoamérica.

Nuestra América, ha sido distinta a la otra, que nos ha sacado una considerable y extensa ventaja, la antecedimos durante más de un siglo con la herencia europea, inmensas riquezas

naturales y nos independizamos hace siglos de España y Portugal, ¿por qué no hemos vencido el atraso y sub desarrollo? La sombra de esa pregunta nos persigue desde hace más de un siglo y rebota en la verdad que se asoma como fantasmas por todas partes, ha sido la violencia y la desunión una conducta que siempre nos ha marcado.

Hoy, cuando en la memoria de nuestros pueblos vuelve a representarse la gesta de la independencia, las guerras civiles, las dictaduras y todo lo que nos ha separado en el tiempo, debemos tener una visión clara de nuestro destino. Conocer más del pasado para poder entenderlo. Valorar el presente, y tener la mirada dirigida hacia el futuro. Es hora de meditar sobre nuestra propia vida, para reencontrarnos sin complejos ni temores. Hacemos bien en imaginar a nuestros próceres con la luz de lo heroico, porque son nuestros héroes. Pero hay algo que debemos cuidar y que termina para levantar una barrera falsa entre lo que fue y lo que es, se construye un abismo que nos separa y hace daño.

La historia venezolana no se ha detenido al borde del pasado, ¡la historia venezolana está allá, pero también está aquí, hoy! La independencia se conquistó en años de lucha, pero habrá que defenderla todos los siglos, la independencia nos unió, pero los procesos posteriores marcados por los intereses personalistas y de los grupos nos han mantenido divididos y en un diálogo de sordos. Bueno es elevar nuestros corazones hacia nuestros libertadores, pero la tarea nueva es independizarnos del odio y la violencia entre los venezolanos. Hacer desaparecer el abismo que nos impide volar como cóndores abrazados a la felicidad. Un abismo que no es nuevo, una conducta de agresión que no es nueva, y que siempre ha estado con sus largas lanzas para perforar la unidad nacional.

Tampoco es buscar un diálogo de cómplices y compadres, sino tener el elemental sentido de grandeza de soportarnos con nuestras diferencias para que la patria sea grande.

Siendo un pueblo unido, y con la ayuda y la fuerza de nuestros países hermanos, entonces será fecundo el recuerdo de la historia incorporada a ella, con el orgullo de saber que nuestra sangre no es distinta a la sangre de nuestros libertadores, y que solamente nosotros unidos por los grandes ideales de paz, justicia y libertad, podemos continuar su obra.

La palabra “patria” tantas veces escuchada, no puede ser lanzada al viento sin amor venezolano, debemos descubrir a la patria en nosotros mismos, comprender que nosotros somos la patria grande y unida, para que salgamos de las dudas y dificultades.

Esa que es la gran lucha de Venezuela, es la gran ruta para el cambio, el progreso y el desarrollo. Nadie anduvo por ella sin descubrirla primero en su corazón. Caminemos por el sendero del esfuerzo y la unidad real y grande, rumbo a la gran reconciliación de los venezolanos. Entonces, esas figuras inmensas, esas imágenes augustas que hasta ahora contemplamos con cierta timidez, estarán a nuestro lado, guiando nuestra marcha y sepultando el diálogo entre sordos.

El personalismo y la tentación hegemónica se asoman nuevamente en Venezuela, como ocurrió en épocas pasadas, después de la independencia, como sombra que emerge de la guerra que complicó la construcción de la mansión institucional, que sustituya la estructura colonial, lo cual dio paso a que los hombres de la guerra llenaran el vacío dejado por la corona.

El personalismo de antes, ahora conocido como “El Mesías” siempre ha apuntado al corazón de la sociedad. Simón Bolívar lo dijo con mucha claridad “...no puede ser una adquisición de la

danza” explicando la avalancha de hombres de presa, cuya precipitación trastornaba los pasos de la nueva república. Es así, como se levanta la figura de mandones que en el tiempo dieron paso a las tentaciones y prácticas hegemónicas, como ahora la figura de la reelección indefinida, especialmente en sistemas con una debilidad institucional, que conspira contra la consolidación de la democracia.

Es necesario el respeto al principio de la alternancia y el equilibrio de los poderes para que prevalezcan los intereses colectivos sobre los personales, garantizar la pluralidad que encontramos en los partidos políticos como forma de expresión y en contra del personalismo.

La aparición del mesías y la hegemonía política siempre ha pretendido desplazar las ideas de libertad y justicia, por prácticas autoritarias, cubiertas por un fino barniz democrático, son figuras que se creen con el privilegio mesiánico para mandar, dominar, para llenarse de charreteras, privilegios y poderes aplastando los derechos del pueblo, en nombre de nuestros libertadores.

Por otra parte, además del mito de caudillo, se fue creando la idea de que el hombre de armas tenía condiciones para gobernar y poner orden en la sociedad.

Frente a ese drama de ese desajuste amenazador y destructor está el fortalecimiento de las instituciones, sin las miras doctrinarias de ningún grupo específico de izquierda, derecha o centro, ni mucho menos de sectores económicos poderosos, sino amoldados a la realidad y que sean garantes del estable y progresivo desarrollo de la democracia venezolana y latinoamericana.

Es una profunda revisión y rectificación del modelo institucional para que se convierta en sólido y fuerte, y donde impere la justicia en toda su dimensión. Es acabar con las antiquísimas prácticas que distorsionan los entes fundamentales de la democracia. Es edificar instituciones eficaces y eficientes que todos respetemos y valoremos, independientes y justas en su actuación. Es el privilegio y la fuerza del Estado y sus instituciones frente a las obsoletas figuras del personalismo y el militarismo que han llenado de atraso y violencia a toda la sociedad venezolana y latinoamericana.

Venezuela apuesta por el respeto a la divergencia de pensamientos y al fortalecimiento de las instituciones democráticas en América Latina para construir sociedades productivas y de progreso.